

En atención a lo que de ordinario se ejercitan las hermanas

La frase utilizada en el decreto de don Ramón Manero, vicario capitular de la diócesis de Tortosa, para validar y argumentar el por qué la congregación adopta ese nombre, me parece muy elocuente y de gran clarividencia. Además, la fuerza expresiva que contiene esta aserción y lo que evoca al escucharla le dota de un plus de significatividad para cualquier miembro de la Familia Consolación. Ya que nos bautizaron con este nombre porque era en lo que se ejercitaban aquellas doce primeras hermanas en su día a día, en su minuto a minuto, entregando cada segundo de su existencia a esta misión. Ahora bien, si la dimensión social es inherente a consolar, se podría decir que a ella es también a lo que de *ordinario se ejercitaron las hermanas*, ya que con el carisma fueron transformando poco a poco su entorno y contribuyeron al cambio de su sociedad desde el horizonte del Reino y desde los valores evangélicos. Se inculturaron, por tanto, en su realidad y desde ahí fermentaron la gran masa de un convulso siglo XIX.

Junto a esta salvedad que funda la oportunidad de adoptar para la presente investigación dicho título, también esta opción pretende ser un reclamo a la memoria del sexenio 2011-2017 elaborada por la anterior superiora general, Emilia Sebastiá Llorens, y presentada en el marco del XVIII Capítulo General (Roma 2017). No tanto ni solo por lo que se dice o por los contenidos que allí se desarrollan, sino por las claves hermenéuticas que se adoptan. Por una parte, recupera el icono de las doce primeras hermanas como elemento imprescindible para comprender el carisma fundacional y recobrar una visión comunitaria y no tanto individual. El liderazgo indiscutible de María Rosa Molas está en perfecta cohesión con el sentido de cuerpo para la misión. Por otro lado, no subdivide en los clásicos compartimentos –vida de oración, comunidad y misión– sino que ayudada por los dos objetivos trazados por el Marco estratégico de 2011 y sus consiguientes sub-apartados, trenza estos elementos en su exposición, mostrando con ello su íntima relación así como la imposibilidad de segmentarlos para obtener una visión compleja de la realidad.

En este sentido, trazo el primer objetivo que el actual gobierno general me pidió estudiar: la dimensión social inherente al carisma de consolar a lo largo de la historia. Y para ello el método que utilizo y las claves hermenéuticas que adopto son las de tejer los datos históricos con los teológicos y espirituales, evitando para su análisis separarlos y dando por hecho su confluencia en lo que llamamos existencia. Así pues, lo que busca el seminario celebrado en Brasil 2019 bajo el encargo dado al presente gobierno general por el XVIII Capítulo es, precisamente, evitar una visión esquizofrénica de la cuestión donde la dimensión social es un cuerpo externo al carisma y no inherente al mismo. Además, de esta línea hermenéutica adopto también como clave de lectura otra anteriormente citada. Aunque reconozco el liderazgo de María Rosa Molas y su carisma como fundadora, parto de que el carisma fundacional se encarna en su persona pero no se agota en ella y, por tanto, considero que el grupo de las doce tiene su relevancia para

comprender cómo fueron nuestros orígenes y cómo está incardinada la dimensión social en el carisma.

Añadir que la extensión del encargo y del objeto de estudio era toda la historia de la Congregación. Sin embargo, debido a la imposibilidad de hacerlo con la exhaustividad requerida, en el presente trabajo me he circunscrito a la figura de María Rosa y al periodo fundacional que considero que se extingue con su muerte o, al menos, lo acotamos así. Por tanto, el espacio temporal que aquí se abarca va desde 1815 hasta 1876. Una época muy convulsa en España a nivel social y político, lo cual como un foco de luz ilumina cualquiera de los avatares que posteriormente nos haya tocado vivir.

El estudio se divide en dos partes. En la primera prima un recorrido histórico. A través de dos capítulos, sustraemos los pilares espirituales-teológicos en los que se sustenta la dimensión social de nuestro carisma. Me parece de vital importancia no presentar los principios teologales y espirituales desencarnados y “desincardinados” de su contexto, ya que este es el acceso fundamental para comprender la hondura de los mismos. En una segunda parte, iremos desbrozando elementos teologales de relieve que dibujan y concretan los rasgos carismáticos propios en referencia a esta dimensión social inherente al consolar. Lo haremos en tres capítulos que pretenden ofrecer un trazado completo de nuestra espiritualidad, entendida como modo de ser, de sentir, de percibir y de relacionarnos no solo con Dios sino también con los demás y con la realidad que nos rodea.

Aunque todo este recorrido lo haremos en los días previstos para el seminario en Brasil, la investigación ha ocupado una extensión de 200 páginas y será imposible abordarla completamente y con hondura en el tiempo previsto. En aras a "adelantar" o al menos enfocar el trabajo, el equipo coordinador me sugirió enviar un resumen de los distintos capítulos. Encabezando su respectiva síntesis, inserto el esquema de cada capítulo, ya que puede resultar orientativo.

Parte I:

Cuando lo social está en nuestro origen teologal

Los cristianos no necesitaríamos tener que justificar el recurso a la historia para comprender quiénes somos y cómo se ha forjado nuestra identidad, puesto que el Hijo de Dios se encarnó. Es decir, de tal modo asumió nuestra naturaleza que no podemos comprender su persona sin su humanidad y, por tanto, sin las coordenadas espacio-temporales en las que se desarrolló su existencia. En Jesucristo se supera la insoslayable división secular entre humanidad y divinidad, entre immanencia y trascendencia.

Sin embargo, en muchas ocasiones nuestros análisis pecan de lo contrario y, posiblemente, en aras a una presentación más nítida separamos dimensiones con el peligro de llegar a contraponerlo. Por este motivo, en la presente sección opto por abordar la cuestión del carisma y el estudio de su dimensión social incardinado en la historia donde nació y se desarrolló. En consecuencia, estos dos capítulos no constituyen "la parte histórica" de la investigación sino son tan teológicos como aquellos que conformarán la segunda parte del estudio.

Desde este horizonte hermenéutico dedico un primer capítulo de índole propedéutico a exponer en qué sentido lo social fue uno de los grandes subrayados del siglo XIX. Una importancia inusitada traída de la mano de la Revolución Francesa y como consecuencia de un cambio de mentalidad respecto a la comprensión del ser humano: todos somos iguales y dotados de los mismos derechos y deberes. Por eso, todos somos corresponsables en la construcción de la sociedad.

Un segundo capítulo está consagrado a estudiar cómo todas esas turbulencias políticas y esa nueva cosmovisión del siglo XIX marcaron la forma de ser y de vivir de María Rosa Molas. Ella y las primeras hermanas, como hijas de su tiempo, acogieron esos cambios, crecieron dentro de una fuerte conciencia y sensibilidad hacia lo social y modelaron su identidad en los espacios públicos que transformaron con su servicio de consolar. Por un lado, pretendo poner de manifiesto el mutuo influjo de las circunstancias históricas, sociales y eclesiales en la constitución del Instituto y, por tanto, su impacto en el carisma. Y por otro, evidenciar la marca que dejó también el carisma en la sociedad decimonónica.

CAPÍTULO I

Dimensión social, prolegómenos de una toma de conciencia

1. El auge de "lo social" en Europa

- 1.1 El siglo XIX, un "siglo de revoluciones"
- 1.2 A la altura del reto cultural
- 1.3 ¿La cruzada del espacio público?
 - 1.3.1 ¿Instrumentalización en favor del regalismo?
 - 1.3.2 ¿Reconquista de la sociedad burguesa?
 - 1.3.3 Síntesis

2. Vida femenina apostólica ¿Respuesta del Espíritu en el s. XIX?

- 2.1 ¿Al fin reconocidas como vida religiosa!
- 2.2 Vida Religiosa femenina, ¿emancipación?, ¿propuesta social?...
- 2.3 Otra forma de infravalorar el hecho
- 2.4 En conclusión, *Odres nuevos para un vino nuevo*

3. La dimensión social inherente al nombre

- 3.1 La importancia del nombre en nuestra tradición carismática
- 3.2 ¿Por qué tanto protagonismo al nombre?

Conclusión

Constitutivo a la identidad humana es la dimensión social. Así se ha entendido desde la antigüedad. Aunque no es el único pensador que se pronuncia sobre este aspecto, Aristóteles definía al ser humano como un *animal político* (politikòn zōion)¹, entendiendo este adjetivo no en su acepción actual sino en relación al significado que tiene su origen etimológico. Esto es, la *polis*. Por tanto, el hábitat del género humano es la *polis* pues la persona está "ontológicamente" equipada y teleológicamente orientada para salir de los lazos tribales en orden a convivir con otros y a formar con ellos una estructura compleja, llamada sociedad, a la que no se está ligado por lazos familiares.

Pues bien, aunque la reflexión viene de lejos, la revalorización de esta dimensión social podríamos decir que coincide con la emergente Revolución Francesa (1789) y llega hasta nosotros en sucesivas oleadas que, si bien constituyen una nueva profundización, han tomado a lo largo de estos dos siglos y medio diferentes matices y fisonomías. Precisamente, en ese momento de "efervescencia de lo social" como fue el siglo XIX nace la congregación de Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación. Y a este hecho se le suma otro que no es casual: el surgimiento, o mejor, el reconocimiento oficial de la Iglesia de la vida religiosa femenina apostólica que aflora vigorosamente

¹ ARISTÓTELES, *Política* 1253a 1-3.

con una clara y pronunciada proyección social en medio de este escenario revuelto y convulso. Además, el carisma de consolar no queda exento de esta realidad, ya que su mismo significado incorpora ineludiblemente al hermano y, por tanto, la dimensión social no solo forma parte esencial del mismo sino que, además, queda plasmado en el mismo nombre.

En aras a dar fuerza al núcleo teológico que nos ocupa, el primer capítulo desarrolla tres aspectos en los correspondientes apartados. Primero, la dimensión social inherente al carisma de consolar tiene que ver con su nacimiento. Y este origen, a su vez se enmarca en un periodo particular sea a nivel socio-cultural como eclesial. Así pues, la Revolución Francesa no fue simplemente un hecho histórico más o menos violento sino el fin de una época y de una forma de pensar marcada por la desigualdad teocrática y antropológicamente justificada. Anclado en el principio de paridad los ciudadanos se hacen más conscientes de sus derechos y deberes así como de su participación activa en la construcción de la sociedad. Este cambio copernicano genera una desestabilización de los antiguos sistemas y se traduce en una oleada encadenada de continuas revoluciones más o menos virulentas, de las que es difícil mantenerse al margen. Por tanto, el s. XIX podría ser perfectamente bautizado como el siglo de "lo social" o, al menos, de un resurgir vigoroso de esta conciencia.

Segundo, en paralelo al proceso en que está sumida la sociedad, la Iglesia también tiene que reformularse. El hostigamiento a la que es sometida produce una merma numérica de católicos pero también de su patrimonio. Ahora bien, quizás lo grandioso adviene en la paradoja. Pues precisamente todos estos vaivenes precipitan al clero y a la vida religiosa a una conversión interna hasta el punto que los valores promulgados por la Revolución Francesa de libertad, igualdad y fraternidad e impuestos con violencia, son encarnados por ellos de una manera pacífica, pero muy fecunda. En este contexto el Espíritu origina una explosión inusitada de vida religiosa femenina de carácter apostólico que marca profundamente no solo la fisonomía de la Iglesia sino de toda aquella sociedad transformada por la acción de un ejército de religiosas que desde la cotidianidad fermentan la gran masa social y preparan el terreno del que todavía hoy recogemos sus frutos.

Tercero, la Congregación de Hnas. de Ntra. Sra. de la Consolación eclosiona en este contexto cultural y religioso y, en este sentido, se comprende mejor porqué la dimensión social es inherente a su identidad condensada en un nombre que recuerda su horizonte teologal: sus hermanos. El lugar de servicio y culto a Dios se trasmuta y se trasfiere a las calles y a los establecimientos de los pobres. En ellos verán y servirán a Jesucristo.

CAPÍTULO II

María Rosa Molas y Vallvé y la dimensión social

Impacto social y participación activa en la vida pública

1. Periodo reusense (1815-1848)

- 1.1 Nacer y crecer en tiempos revueltos (1815-1833)
 - 1.1.1 Más que a la altura de la ilustración de la época
 - 1.1.2 Ser voluntaria, cuando todavía no existía el voluntariado
- 1.2 Primera guerra carlista, preámbulo a la vida religiosa (1834-1840)
 - 1.2.1 Doble orfandad. Un acicate para fortalecerse
 - 1.2.2 Una propuesta contra-cultural
- 1.3 Declaración de la mayoría de edad de Isabel II (1841-1848)
 - 1.3.1 ¡Basta ya de bombas!
 - 1.3.2 Trabajar *por* los demás *con* los demás

2. Periodo tortosino (1849-1876)

- 2.1 Una etapa de "relativa" calma (1849-1867)
 - 2.1.1 Dimensión social, dimensión eclesial (1849-1858)
 - *Inclusión, impacto social positivo y también primeras hostilidades*
 - *Fundación del Instituto. Dimensión eclesial y social intrínsecamente unidas*
 - 2.1.2 Primeros años de la Congregación (1858-1867)
 - *Primera expansión por la Plana. Del 1859 al 1861*
 - *Expansión por Tarragona. Del 1862 al 1864*
 - *Segunda expansión por la Plana y preludios de malos tiempos. Del 1865 al 1867*
- 2.2 Nueva convulsión social (1868-1876)
 - 2.2.1 La Septembrina y sus consecuencias (1868-1871)
 - *1869, en pie de guerra*
 - *1870-1871, todavía un rescoldo capaz de incendiar*
 - 2.2.2 Guerra carlista y Primera República (1872-1876)
 - *Primera República. De nuevo el fantasma del anti-clericalismo (1872-1874)*
 - *Luchando hasta el final (1875-1876)*

En el primer capítulo hemos puesto el marco general que nos ofrece una primera clave hermenéutica para comprender cómo lo social recobró una gran importancia en el s. XIX no solo a nivel teórico sino por la transformación que en la sociedad produjo la implementación de los valores abanderados por la Revolución Francesa. Un hecho que

confluye y está interconectado con el estallido de vida religiosa femenina apostólica claramente escorada hacia esta dimensión social que la explica y, como en nuestro caso, es inherente al carisma. En este capítulo quisiera restringir más el cerco, centrándome en el espacio histórico-geográfico donde se gestó y, más tarde, nació la Congregación. Por eso, estructuro la exposición en dos grandes ejes: el periodo de Reus (1815-1848) y la etapa de Tortosa (1849-1876). Cada uno de ellos marcados por avatares políticos y sociales de carácter nacional, regional o local.

En realidad lo que pretendo es ver cómo se concreta en la vida de María Rosa Molas toda esa visión arrastrada desde el s. XVIII que produjo importantes transformaciones sociales de las que hoy recogemos sus frutos, pero que fueron implementadas en medio de muchas turbulencias políticas. Me interesa, por eso, reseñar de qué manera todos estos hechos impactaron en María Rosa y en las primeras hermanas, cómo integraron los valores de esta nueva cosmovisión y sensibilidad social y hasta qué punto modelaron, porque no, su identidad estando a la altura del reto.

Al mismo tiempo, quisiera resaltar cómo ellas desde su ser de consagradas y Hermanas de la Consolación igualmente dejaron una huella en su entorno, en su mundo de relaciones. Y, además, vivieron y ofrecieron una cosmovisión evangélica de esta dimensión como alternativa válida y propuesta real para dar un cauce, incluso mejor, a ese despertar de la sensibilidad social en el s. XIX. Ya que la Revolución Francesa implantó sus preciosos ideales de igualdad, libertad y fraternidad con violencia, mientras ellas con su tesón y trabajo y de forma pacífica lo inocularon, lenta pero eficazmente, en la sociedad.

El rastreo histórico de este capítulo no merma el teológico y espiritual. Todo lo contrario, lo agranda. Pues resituándolo en su contexto vital uno se sorprende de la nobleza con que vivieron estas audaces mujeres y de la clarividencia que tuvieron en momentos de tanta incertidumbre y convulsión. Es más, nosotros que creemos en un Dios encarnado, estamos familiarizados con incorporar y entender la historia como lugar teológico donde Él se revela e interviene. Desde esta clave hermenéutica voy a afrontar este capítulo con el claro objetivo de preparar los siguientes, ya que iremos entresacando los filones teológicos que explican por qué la dimensión social ha sido y es inherente al carisma de consolar.

El periodo de Reus resultará propedéutico y formativo, ya que en este María Rosa forjará su personalidad como mujer y como religiosa. Haremos una lectura de este espacio de tiempo desde la clave de la dimensión social. En el periodo de Tortosa lo adquirido en la etapa anterior alcanza su pleno desarrollo y se manifiesta en múltiples aspectos. Este último tramo se caracteriza por dos periodos diferenciados: uno de mayor bonanza política (1849-1867), otro altamente hostil (1868-1876). Presentaremos los grandes hitos siguiendo el orden cronológico y, no por casas o fundaciones, de manera que se vislumbre mejor la vorágine "social" de su día a día.

Parte II: Consolar y dimensión social

El carisma de consolar eclosiona en la historia en una determinada época y bajo una forma de vida cristiana que es la vida religiosa. Como es lógico, que emerja en el s. XIX y en España no imposibilita que se pueda vivir con toda su hondura en el s. XXI y en otras geografías. Que, además, lo haga bajo el estado de vida consagrada, tampoco es un impedimento para que pueda ser compartido por otros grupos y personas que no sea el de las Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación. Se trata de una situación similar a la de Jesús de Nazaret, cuyo mensaje, propuesta y persona es válida para todas las épocas y culturas. Sin embargo, esta “universalización” no es una “generalización”, tampoco una “abstracción” de principios desencarnados de su historia. Es más, la actualización y novedad de su mensaje emerge no por decir cosas distintas sino, precisamente, como una profundización de sentido.

Para la hermenéutica bíblica “actualizar” es profundizar en la persona de Jesús por una apropiación de sentido. Así como la música no está en el papel, solo suena si se toca la partitura, el carisma de consolar no existe si no se vive. Las notas musicales son esos elementos objetivos, ya que interpretar no es inventarse la melodía. Ahora bien, un pentagrama no es suficiente para que la música suene, hay que tocarla y esto supone que el que interpreta deja también algo suyo en la composición. Por tanto, interpretar no es repetir una partitura sino profundizar su sentido mediante una apropiación del núcleo teológico que nunca se agota y es siempre nuevo.

Se entiende así el denodado y extenso esfuerzo desplegado en la primera parte por intentar ser fiel a los datos históricos y por no abstraerlos de su contexto. Esto es, por respetar las notas musicales, tocando la melodía desde la clave de la dimensión social del carisma. En esta segunda parte continuamos teniendo como horizonte esta partitura pero la articulación de los contenidos responde a una organización teológica que, a diferencia de la anterior, no viene ya marcada por la cronología sino por tres aspectos inherentes al carisma de consolar desde donde me propongo visitar nuevamente los datos anteriormente expuestos.

En la Escritura, la consolación se halla en estrecha relación con la fórmula *a no temer* y con la de asistencia; *yo estoy contigo*. Por eso, en el tercer capítulo vamos a centrarnos en esa forma de consolar que es el habitar. De nuevo, no queremos reducir ni la dimensión social ni la consolación a una acción. Esto es, contribuimos a la creación de una sociedad distinta desde nuestra identidad y no solo por lo que hacemos. Por eso, la presencia y la misma forma de habitar es ya consoladora y transformadora.

El segundo elemento característico de la consolación bíblica es el relacional. Consolar no es tanto una acción como una forma de relacionarse que tiene como horizonte al hermano. De hecho, el trasfondo de nuestra primera legislación y en las

exhortaciones de María Rosa a las hermanas tiene como horizonte al prójimo y no simplemente el cumplimiento de una normativa. Es decir, la exigencia de su vivir nace de dejarse cuestionar por el rostro de los pobres y, por tanto, la radicalidad de los consejos evangélicos emerge de vivir desde las necesidades del otro.

El último capítulo se centrará en un tercer elemento característico del consolar bíblico que es la transformación. Según la Escritura, esta acción no es tanto paliativa como fundamentalmente creativa. En este sentido, el impacto social del carisma se mide por acciones de largo recorrido, que si bien pueden tener un carácter asistencial, buscan desarrollar vocacionalmente al ser humano y empoderarlo, así como erradicar las causas de la injusticia ancladas en estructuras sociales, políticas y económicas.

CAPÍTULO III

Tendrán como claustro los establecimientos de los pobres

Consolar, una forma de habitar

1. Importancia teológica del hábitat

- 1.1 Habitar, expresión de una forma de vivir y de consolar
- 1.2 Nueva sacralización de los espacios

2. Nacemos en el espacio público, pero no solo

- 2.1 A petición de las autoridades civiles
 - 2.1.1 Razones y motivos aducidos por las juntas municipales
 - 2.1.2 Condiciones y contratos
 - *De la primera petición al contrato*
 - *Número de hermanas, remuneración y manutención*
 - *Obligaciones y deberes*
 - *Destinatarios*
 - *Hábitat de la comunidad*
- 2.2 Otras iniciativas de fundación o "refundación"
 - 2.2.1 Prolegómenos. La ley Moyano de 1857
 - 2.2.2 El colegio de Mora de Ebro, un caso del todo particular
 - 2.2.3 "Refundación" del colegio de Vinaroz y Tortosa
 - 2.2.4 Colegios de Castellón (1871), Roquetas (1871) y Benicarló (1876)

3. A la intemperie

- 3.1 ¿Obras públicas o privadas?
 - 3.1.1 El cambio de lo público a lo privado. Detonante y motivos
 - *La titulación*
 - *Mismo alumnado, mayor autonomía y mejora de la gestión*
 - 3.1.2 ¿Prioridad al campo educativo frente al socio-sanitario?
- 3.2 Periferias existenciales o periferias "a secas"
 - 3.2.1 Hallándose más expuestas
 - *Destinatarios, carácter público y liminalidad*
 - *"Expuestas" y liminalidad, una condición de vida*
 - 3.2.2 Permanecer en medio, oler a oveja

La conocida exhortación de san Vicente de Paul, «tendrán por monasterio la casa de los enfermos»², se convierte no solo en una acicate para mantener a las Hijas de la Caridad en la vida apostólica y no ser relegadas nuevamente al convento, sino también

² Cf. VICENTE DE PAÚL, *Obras*, IX, 1176.

en una consigna sobre dónde y cómo vivir. Imbuida de esta espiritualidad vicenciana, María Rosa Molas mantiene y da por hecho en la Regla Común esta sabia directriz:

«Aunque no vivan en Religión o rigurosa clausura por no ser compatible con los empleos de su vocación; con todo, hallándose más expuestas que las Religiosas, pues tienen por monasterios los establecimientos de los pobres, por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios y, últimamente por velo la santa modestia, deben tener una vida tan perfecta, como si fuesen Religiosas profesas, y portarse en todas partes con tal recogimiento, pureza de corazón y cuerpo, desprendimiento de todo, y tal edificación, como una verdadera Religiosa en el retiro de su monasterio» (RC I, 2).

Me parece de suma trascendencia esta puntualización, ya que no solamente el ejercicio o actividad está orientado hacia una acción social o caritativa a la que las religiosas se trasladan para colaborar, atender o trabajar, sino que además viven en medio de ella. En consecuencia, no solo su "hacer" es social sino también su forma de "habitar", ya que en la mayoría de las ocasiones vivirán en establecimientos públicos. En este sentido damos un paso más en la investigación.

En los anteriores capítulos constatamos la activa presencia pública de las primeras hermanas, sea en acontecimientos históricos especiales como en el deambular cotidiano. En este momento queremos detenernos en esa forma de presencia interna a una realidad que es el "habitar en medio". Su impacto aparentemente es menos visible o cuantificable pero mucho más trascendental a la hora de transformar la sociedad y la configuración de los establecimientos. Así por ejemplo, lo entiende la Junta de Beneficencia de Castellón en la petición formulada para hacerse cargo del Hospital:

«Al aumento progresivo de esta y al crecido número de jornaleros que comprende, son muchos los enfermos que se albergan en dicho local; y a medida que las necesidades aumentan, mayor debe ser el cuidado de la administración para la asistencia de los desvalidos que acuden pidiendo curación de sus dolencias. Al cumplimiento de tan sagrado deber se encaminan los deseos de esta Junta y para conseguirlo cree que no bastan los desvelos que emplea el numeroso personal dedicado al servicio de los dolientes. Es indispensable perfeccionar el cuidado que prestan aquellas personas asalariadas, acompañándolo de los consuelos religiosos que al paciente dispensan las hermanas de la Caridad. Estas monjas en número de seis bastarán por ahora para mejorar notablemente un asilo de desgraciados, digno de la mayor consideración»³.

El requerimiento de las hermanas en el Hospital de Castellón no está motivado por la desatención del establecimiento. La mejora que la junta municipal presenta se indica en estos términos: «perfeccionar el cuidado que prestan aquellas personas asalariadas, acompañándolo de los consuelos religiosos que al paciente dispensan las hermanas». Y en el acta de la sesión del 9 de diciembre, ya dicha junta había formulado

³ Carta dirigida por la Junta de Beneficencia a Don Ramón Manero, Vicario Capitular, fechada el día 9 de diciembre de 1858. Se encuentra en AET, Leg. Casas: Castellón de la Plana. Hospital. Citado por M.E. CASAUS CASCÁN, *Historia de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación*, vol. IV. *María Rosa Molas; gobierno y fundaciones*, Madrid 1991, 195-196.

una finalidad análoga: «para prodigar el consuelo y cuidados que requiere la humanidad doliente y a la vez que se encarguen de la administración del Establecimiento, con todo lo demás propio del Instituto»⁴.

Es decir, la aportación propia vocacional-carismática, en este caso de las religiosas, es lo que la junta entiende por "perfeccionar" la asistencia que ya están prestando otros. Para ellas no se trata de un trabajo sino de una misión. Y esto, según se desprende del texto es un "plus" cualitativo requerido para una *humanidad doliente*, que no solo necesita asistencia sanitaria en la enfermedad. Pero además el documento sostiene que las hermanas se encargarán de la administración del establecimiento. En consecuencia, no van a trabajar solo allí sino que vivirán allí y esto, indirectamente, marcará el lugar *con todo lo demás propio del Instituto*. Esto es, su presencia configurará el lugar. En este sentido, la junta de Castellón ha captado que la presencia de las hermanas impactará en la forma de hacer hospital, *con todo lo demás propio del Instituto* y consolar tendrá una particular forma de gestionar el establecimiento que va más allá del simple hacer.

Vivir en determinados lugares expresa nuestra identidad y es toda una declaración de intenciones de cómo queremos habitar y de dónde, con quién y para quién hemos venido a estar. Pero además de expresar, la presencia también configura dichos lugares. Esto es, los transforma, les da una determinada impronta simplemente por el hecho de vivir. Como nos sucede actualmente con algunas obras apostólicas cuyas comunidades han cerrado, aunque se siga yendo a trabajar a un determinado colegio u hospital, la población acusa la ausencia de las religiosas. Es decir, no resulta indiferente al vecindario que se viva o no allí. Habitar no es ajeno a la dimensión social y en él se da un movimiento bidireccional, pues el lugar configura nuestra identidad y nuestra presencia e identidad configura también el lugar.

Por este motivo, voy a dedicar un primer apartado a hacer una reflexión de índole bíblico-teológica sobre esta cuestión y su relación con consolar. En un segundo momento, a partir de los datos históricos analizaré la presencia y forma de vivir y trabajar de las hermanas en las trece casas donde se encuentran. Para acceder a esta información, se estudiarán los contratos y en el caso de los colegios privados, la Ley Moyano (1857) que nos asoma a la situación del campo educativo. Este estudio ofrecerá elementos para, en un tercer punto, poder tejer una reflexión o someter a debate cuestiones que nos afectan como: ¿obras públicas o privadas?; ¿periferias existenciales o periferias a secas?

⁴ Cf. Castellón Archivo Municipal, *Libro de Actas del Ayuntamiento de Castellón*, Año 1858, sesión: 9, diciembre. Citado en M.E. CASAUS CASCÁN, *Historia*, vol. IV, 194.

CAPÍTULO IV

Como siervas de los pobres

Consolar, una forma de relacionarse

1. "El fin para el que Dios nos ha llamado y reunido". Poniendo las bases de una espiritualidad social

- 1.1 "Amar y honrar a Jesucristo". Estar en relación
 - 1.1.1 Cuando el amor de Dios tatúa el tejido social
 - 1.1.2 Gargantas vivientes. La "eucaristía" de la respiración
 - Consolados para consolar
 - Una relación que da vida
 - Creados en la relación
- 1.2 Hacer conocer y venerar. Poner en relación
 - 1.2.1 Consolar, poner en relación
 - 1.2.2 A golpe de toalla. Por herida curación
- 1.3 Cooperar. Saberse en relación
 - 1.3.1 Dios trabaja en misión compartida
 - Relación y cooperación
 - Redes de caridad
 - 1.3.2 Cooperar al desarrollo vocacional del otro

2. De las finalidades a los "modos"

- 2.1 La mística de lo social
 - 2.1.1 No hay culto sin hermano
 - 2.1.2 Analogía de los rostros
- 2.2 La exigencia espiritual de lo social en los consejos evangélicos. Votos y justicia
 - 2.2.1 El rostro del hermano como horizonte de la justicia
 - 2.2.2 Mirando a Jesucristo tan pobre

Cuando el Concilio Vaticano II instó a los institutos religiosos a definir el propio carisma, las Hermanas de la Consolación no caímos en la trampa de retratarnos por las obras. Esto es, por ser del campo educativo y/o del ámbito socio-sanitario. Dijimos que nuestro carisma era consolar. Sin embargo, pasar un examen no significa aprobar toda la asignatura. Ya que esto de por sí no nos salva de circunscribir consolar al mero ámbito del hacer y, además, a un tipo de acción de corte asistencialista. Nada más lejos de lo que ha quedado plasmado en la primera legislación del instituto, en el epistolario y en los testimonios directos e indirectos de las vidas de las doce primeras hermanas.

Estudiando la cuestión que nos afecta, todo apunta a que comprendieron perfectamente el núcleo bíblico de lo que significa consolar.

En el tercer capítulo nos hemos centrado en ese aspecto de la dimensión social y también del consolar que es "habitar". La forma de vivir y dónde se vive no es indiferente, ya que en muchos casos es un indicador de la forma de relacionarse con los demás. El hábitat expresa y a la vez configura la identidad. Además, en la Escritura consolar es sinónimo de "estar con". Por este motivo, "irse a vivir con" es una forma interna no solo de estar en lo social sino de serlo.

En este capítulo vamos a desarrollar otro aspecto asociado a la consolación bíblica. Se trata de la relación. Esto es, para la Escritura consolar no es tanto ni solo una acción sino una forma de relacionarse. Es decir, lo que en definitiva consuela es la relación. De nuevo, tratamos de no reducir la dimensión social inherente al carisma a una intervención de corte asistencial. La forma con que se irrumpe en la realidad se halla en estrecha conexión con la conciencia desde la que se actúa. Tan importante como lo que se hace, son los motivos por los que se hace. Estos son el motor más determinante para calibrar el origen de un acto y la razón para perseverar insobornables en una opción de sentido.

La dimensión social radica, en última instancia, en la apertura constitutiva del ser humano al otro. Su identidad es relacional. En consecuencia, no llega a descubrir quién es sino desde la relación con los demás. Es más, su identidad se construye a través de ella. Por eso, la relación es un potente elemento de creación. El que más nos incide y determina. La relación nos configura, nos amasa y va dando forma al barro de lo que somos que no llega a ser sin esas manos que pacientemente nos moldean.

Esto es lo que prevé RC I,1 a través de las finalidades (expresadas en infinitivo) y de los modos (expresados en gerundio). Sin nombrar la palabra consolación, este punto traza magistralmente lo que la Escritura entiende por este concepto desde la clave de la "relación". Y haciendo así, en mi opinión, pone las bases de lo que se podría denominar una "espiritualidad social" que va más allá del simple hacer y que ante todo una forma de percibir, de sentir, de ser afectado, de interactuar y de relacionarse.

Por este motivo, la estructura del capítulo responde a la progresión del primer número de la Regla Común. A fin de facilitar visualmente su desarrollo argumentativo ofrecemos una tabla. En un primer apartado trabajaremos con las finalidades expresadas a través de los cinco infinitivos regidos por dos "paras" que ponen la base para una espiritualidad de lo social desde el concepto clave que es vivirse y saberse en relación. En un segundo apartado nos centraremos en los gerundios que modulan las formas de expresión y concreción que derivan de lo anterior.

Si la dimensión social es inherente al carisma, es lógico que podamos hablar de una "espiritualidad social". La "mística de lo social" nace de una espiritualidad de la relación que saca de una vivencia auto-referencial en la que el sujeto se constituye en Dios y el único individuo con derechos. Tener a Dios como absoluto y vivirlo como verdad última se convierte en una relación creativa en la que se va forjando una recia

espiritualidad social capaz de soportar los envites y las presiones externas e interna y es, en última instancia, garantía de mantenerse insobornables y férreamente anclados en los valores evangélicos y en la construcción del Reino.

También el rostro del hermano como horizonte pone constantemente en cuestión el estilo de vida y la vivencia de los consejos evangélicos y se convierte en una exigencia que va más allá de las prácticas, pues el otro y su derecho a vivir es la norma por la que se debe regir la Hermana de la Consolación: *nada para nosotras*. Esta espiritualidad relacional que hace vivir en una continua Presencia se transforma en una mística social que es capaz de ver el rostro de Jesús en los rostros más desfigurados y en las situaciones más deformadas de la vida. Consolar, por tanto, es más que una acción, es una forma de ser y de relacionarse, de sentir, de percibir, de entregar la vida.

Regla Común I,1

El **FIN** para que *Dios ha llamado y reunido* a las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación, es

para **AMAR, HONRAR**
y
HACER CONOCER y VENERAR

a Nuestro Señor Jesucristo, – como manantial y modelo
de toda caridad y perfección –

sirviéndole corporal y espiritualmente en la
persona

de los pobres, enfermos, niños, encarcelados
y otros cualquiera necesitados;

y también

para **COOPERAR**

a la salvación de sus prójimos,

dilatando el conocimiento y Reino del mismo Jesús
por medio de la instrucción y educación en las verdades
católicas

de las jóvenes que tuviesen a su cuidado,

– éxito que será *tanto* más fecundo y feliz, *cuanto* más ardiente fuere su celo para
imprimir el santo amor y temor filial de Dios,

– *a cuya gloria deben dirigir* todos sus deseos, sacrificios, virtudes y
propia vida;

– *siendo muy dichosas* en su muerte de haber conducido un alma al
cielo, y de haber consolado al afligido, educado e instruido secundando
la misión sobre la tierra de nuestro dulcísimo Redentor.

CAPÍTULO V

¡O santas o brujas! Poner el aliento del corazón

Consolar, una forma de transformar

1. Lavamos sus pies dignificando periferias

- 1.1 Dignificando espacios
 - 1.1.1 Condiciones de vida
 - 1.1.2 Rueda migratoria en las periferias
- 1.2 Dignificar, proteger y velar por las condiciones de vida
 - 1.2.1 Hambre y desaliño
 - 1.2.2 ¡Esta noche sí que estaremos bien!
- 1.3 Devolver la dignidad de hijos
 - 1.3.1 Mirados como hijos
 - 1.3.2 Tratados como hijos

2. Lavamos sus pies vendando heridas

- 2.1 La herida de la pobreza y el abandono
 - 2.1.1 Curando a base de relación
 - 2.1.2 Curando a base de amortiguar la agresividad
- 2.2 La herida del analfabetismo y la desigualdad
 - 2.2.1 Educar para vendar la herida de la ignorancia y de la desigualdad
 - 2.2.2 El concepto de mujer y de religiosa
 - Su forma de vivirse como mujer y religiosa
 - *No sea encogida*. Moldeando a las hermanas desde esta concepción

3. Lavamos sus pies sacudiendo el polvo de la injusticia

- 3.1 Justicia para los pobres
 - 3.1.1 Reclamando lo que es suyo
 - 3.1.2 Presionando por otros trabajadores y como trabajadoras
- 3.2 Ayudando a la autoridad civil a desarrollar su vocación social
 - 3.2.1 Enseñándoles a respetar sus propias normas y condiciones laborales
 - 3.2.2 Enseñando a relacionarse con ellas. No dejarse instrumentalizar la caridad

Los textos bíblicos describen la consolación como una transformación del desierto en huerto: «el desierto y el yermo se regocijarán, el páramo de alegría florecerá» (Is 35,1); «voy a derramar agua sobre el sequedal y torrentes en el páramo» (Is 44,3). Una metáfora para expresar lo que sucede en el interior: «vuestra alma será como un huerto regado y no volveréis a desfallecer» (Jr 31,12). Pero también una

transformación que evoca Génesis y que eleva, una vez más, la consolación al rango de un acto creativo. De hecho, Gn 2,4 indica cómo al principio solo existe una realidad esteparia: «cuando el Señor hizo el cielo y la tierra no había aún matorrales en la tierra, ni brotaba hierba en el campo, porque el Señor Dios no había enviado lluvia sobre la tierra». Y Dios decide plantar un huerto (Gn 2,8). Así pues, cuando el pecado arrecia y se constituye en una realidad cuyos tentáculos van apresando todas las instituciones políticas y religiosas y el mismo corazón de Israel, la tierra vuelve a convertirse en un caos (Jr 4,23). Es como si el mal deshiciera la historia de la salvación y la volviera a poner en una situación caótica.

El Salmo 83 se alinea con los innumerables textos de transformación pero aporta algo más. Esta sucede al paso de los exiliados: «cuando atraviesan áridos valles los transforman en manantial» (Sal 83,7). Una expresión homóloga con la que el libro de Hechos de los Apóstoles describe a Jesús: «pasó haciendo el bien» (Hch 10,38). Así, la consolación sería eso, un atravesar la historia que transforma las realidades de muerte en vida, una forma de pasar por ella que va sembrando bien y esperanza y que, en definitiva, capacita a otros para poder afrontar la existencia, que les pone en pie para reiniciar el camino, que va dejando regados los corazones secos o endurecidos.

Dicha transformación no tiene que ver con acciones solamente paliativas sino profundamente creativas (poner el aliento del corazón) y, por este motivo, he dejado este capítulo al final. Pues en ocasiones cuando hablamos de transformar, entendemos un cambio de este tipo y asociamos consolar con actos puntuales y de corte asistencialista que no tienen proyección hacia el futuro y que no comprometen la existencia del que consuela. El hecho de haber abordado anteriormente la consolación como una forma interna de transformación provocada por el habitar y por un modo de relacionarse que es donación de sí mismo nos saca de este *impasse* reductivo y que, a la larga, nos exige poco. Pues irse a habitar con los pobres y compartir su hambre y su destino es un compromiso más férreo que pagarle la hipoteca de un mes, algo que no afecta prácticamente a nuestros bolsillos y que, sin embargo, nos hace sentir bien.

Lo mismo se podría decir del segundo aspecto abordado en el capítulo IV. Entablar relación es más expuesto que simplemente asear o atender materialmente a una persona. Ciertamente una cosa es compatible con la otra, y nuestra forma de relación tiene que ser a través del servicio. Pero si somos honestos nuestra dimensión apostólica en ocasiones está llena de actividades pero adolece de relación que es lo que realmente transforma y consuela y que es lo que también en el fondo nos deja profundamente marcados. Y cuando el dolor del otro se tatúa en la piel comienza la profecía de consolación. Así lo hemos intentado ilustrar con el paradigma del siervo de Yhwh de cuyas heridas brota curación (Is 53,5).

El icono de Caritas Müller es muy elocuente para explicar lo que es la consolación. Como ya indiqué en su momento, la Escritura entiende por consolar “poner el aliento del corazón”. Dios da algo suyo –el aliento, el respiro– para que un trozo de barro inerte o para que un hombre roto por el dolor, viva. Pues bien, en el icono de esta dominica resulta significativo que esto sucede mediante un beso. El Padre

besa la frente del ser humano caído al que sujeta los brazos. El Hijo lava sus pies con un beso. Y el Espíritu completamente apuntando hacia su corazón está a punto de besarlo.



Consolar no solo sería conseguir que este corazón infartado vuelva a palpitar y que este hombre caído, vuelva a erguirse y se ponga en camino, sino que esta puesta en marcha o “resurrección” sucede por el beso de Dios y, por tanto, el motivo último del reinicio del palpitar es el amor. No casualmente cuando regresa aquel hijo perdido, al verlo de lejos su padre, sale corriendo, se le lanza al cuello y le llena de besos porque «este hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (Lc 15,31).

Consolar es como ese profundo beso de Dios que, al mismo tiempo que nos respira, dice: *Vive, quiero que vivas* (Ez 16,6). Y si toda la Trinidad trabaja coordinadamente para sacar a este hombre de la parada cardíaca en que suele dejar el dolor, del escepticismo al que te arrastra la traición de la verdad, de la impotencia y cansancio por luchar hasta quedar exhausto en favor de la justicia, quisiera fijarme en el beso del Hijo, en su entrega hecha servicio, en su lavatorio de los pies equiparado por Juan 13 a la institución de una *Eucaristía subversiva*⁵. Consolamos lavando los pies.

⁵ Cito íntegramente la poesía de Casaldáliga que me parece muy sugerente: «Mis manos, esas manos y Tus manos / hacemos este Gesto, compartida / la mesa y el destino, como hermanos. / Las vidas en Tu muerte y en Tu vida. / Unidos en el pan los muchos granos, / iremos aprendiendo a ser la unida / Ciudad de Dios, / Ciudad de los humanos. / Comiéndote sabremos ser comida. / El vino de sus venas nos

Por esta razón, la forma en que voy a afrontar el aspecto transformador de la consolación se alía con la mentalidad latente en los anteriores capítulos. Así pues, subrayaré más el aspecto de empoderamiento de las personas (poner el aliento del corazón) que el aspecto más visible y puntual de la transformación. Es decir, en la exposición privilegio aquellos cambios sociales que, a mi juicio, no han sido inmediatos sino de largo recorrido y, por eso, han dejado una marca profunda en la sociedad. Y, además, la estructura de esta amplia temática se hace eco de la visión del XVIII capítulo general: «Salimos, abrimos las puertas, anunciamos la alegría de la consolación de Dios: mi Banquete está preparado. Lavamos sus pies sacudiendo el polvo de la injusticia, vendando heridas, dignificando periferias. Y la casa se llena de comensales y la tierra aporta para la fiesta el Vino Nuevo de una fraternidad compartida». Eje sobre el que se articula el orden de la exposición en tres grandes apartados.

Lavamos sus pies dignificando periferias: La presencia de las hermanas en los *establecimientos de los pobres*, esto es, el hecho de irse a habitar allí supone una dignificación de estos espacios. Primero, porque trabajan denodadamente para que tengan unas condiciones de vida adecuadas y conforme a sus necesidades integrales. Segundo, porque simplemente por su estar allí y habitar en medio de los focos marginales les protegen de los atropellos de la administración pública y su reclamo y denuncia es más incisivo y tiene más garra ya que está radicado en su testimonio. Tercero porque las relaciones que entablan con ellos les hacen sentirse en familia y no simplemente destinatarios y este hecho les empodera y les hace creer en sí mismos y en sus posibilidades. Por esta razón, en aras a ilustrar en la naciente congregación y en profundizar qué supone la dignificación, voy a desarrollar estos tres ítems.

Lavamos sus pies vendando heridas: Hay muchos tipos de heridas, pero en nuestro caso se concentran en aquellas producidas por la injusticia directa o indirecta que lleva de la mano la marginación y la exclusión. Tras la muerte de María Rosa Molas, el biógrafo Sebastián León hace un recuento de las obras del instituto: treinta y seis entre hospitales, colegios y casas de misericordia. Y también ofrece cifras aproximativas sobre los destinatarios de las mismas: «siendo asistidos por sus hijas más de quinientos enfermos, socorridos seiscientos expósitos, huérfanos y ancianos, y educados sobre tres mil doncellas y parvulillos»⁶. En el capítulo III, estudiando esta cuestión, observamos un vocabulario referido a los enfermos a quienes se les suele connotar de "pobres". Por este motivo, vamos a aunar en un solo apartado la herida de la pobreza y soledad que lacera y marca los cuerpos de quienes están en los hospitales y en las casas beneficencia, mientras en referencia a las niñas de los colegios, abordaremos la herida de la desigualdad de género y desde ella entroncaremos lo que consideramos una aportación fundamental a la dimensión social, la comprensión que tuvieron las hermanas como mujeres y religiosas.

provoca. / El pan que ellos no tienen nos convoca / a ser Contigo el pan de cada día. / Llamados por la luz de Tu memoria, / marchamos hacia el Reino haciendo Historia, / fraterna y subversiva Eucaristía».

⁶ Cf. S. LEÓN, *Instrumento de misericordia*, 118.

Lavamos sacudiendo el polvo de la injusticia: El siglo XIX está marcado por lo social. Como ya hemos dicho el cambio de paradigma antropológico facilita la toma de conciencia por parte del estado de su responsabilidad para con los ciudadanos y, especialmente, con las clases más desfavorecidas. Y si esto es un avance, no siempre su progreso se encamina por los derroteros convenientes. Es decir, en este estreno de funciones la administración pública tiene que ir aprendiendo a gestionar mejor los recursos, a hacer presupuestos acordes a las necesidades, a no ser irregular en el pago, etc. Más allá de las desavenencias marcadas por las tensiones políticas, a mi juicio María Rosa y las hermanas con sus respuestas y denuncias ayudan al estado a desarrollar su vocación social y a mejorar sus políticas hacia los más pobres.

A dónde quiero llegar. Generalmente a la vida religiosa femenina apostólica se nos ha encasillado dentro de una labor de suplencia. Es decir, parece que nacemos para suplir aquellas áreas a las que la administración pública no llega. No estoy de acuerdo con esta impostación, pero mucho menos en nuestro caso. De hecho, fueron las juntas municipales las que nos llamaron porque veían que la vida religiosa podía contribuir a dar una mayor calidad a los establecimientos y luego tras la septembrina nos quieren expulsar del espacio público. De las cartas, se infiere la estrecha relación que se mantiene con las juntas y tanto cuando va bien, como cuando va mal María Rosa no ceja en el intento de hacerles conscientes de sus responsabilidades. Ni cuando las alaban ni cuando las injurian consiente que se instrumentalice su caridad. Y en ciertos momentos, hubiera sido más fácil abrir los propios establecimientos, pero haciendo así, hicieron algo más profundo y más incisivo por la dimensión social: ayudar al estado a que se responsabilice de sus funciones y desarrollar su vocación hacia lo social.

Queda así resumida parte de la "aventura" en la que nos embarcaremos en el seminario sobre la dimensión social. Recorreremos el itinerario de aquellas intrépidas mujeres que irrumpieron en lo social sin demagogia pero encarnando los valores de igualdad, libertad y fraternidad que a cuatro vientos proclamó la Revolución Francesa, ya que *libremente* se fueron a vivir a establecimientos públicos haciendo sentir *iguales* y *hermanos* a todos esos desheredados que yacen en la cuneta de la historia. Quizás a ellas y a otras tantas como ellas, les debemos la profesionalización de la mujer, su entrada en el ámbito laboral, la mayor implicación de los gobiernos en la gestión de lo público, el hacer realidad la educación gratuita y obligatoria para todos, el acceso a la sanidad pública, y un largo etcétera. Viendo el penoso espectáculo político entendieron que el camino iba por otros derroteros distintos a la erudición. Su férreo compromiso con Dios y los hermanos no les hizo unas ingenuas. Su profundo sentido de obediencia distaba mucho del infantilismo y de falta de opinión. Así pues, no solo lucharon para que no se instrumentalizase su caridad, hicieron mucho más: enseñaron a la administración pública a responsabilizarse de sus obligaciones para con la sociedad. Sin otro motor y horizonte que «todo para gloria de Dios y bien de los hermanos, nada para nosotras»⁷.

Marta García Fernández

⁷ Cf. S. LEÓN, *Testimonios contemporáneos*, 68 (nº 2).